

los DIABLOS

**JOE
ABERCROMBIE**

Traducción de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL









Título original: *The Devils*

Publicado originalmente en inglés en 2025 por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Copyright © Joe Abercrombie, 2025. All rights reserved

© de la traducción: Manu Viciano, 2025

© del mapa e ilustraciones de interiores: Joel Daniel Phillips, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-983-6

Depósito legal: M-3411-2025

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Gillian:
Hundiendo la ficción fantástica en la alcantarilla
desde 2006



LA CIUDAD
SANTA





PRIMERA PARTE

**La peor princesa
del mundo**

El Día de San Aelfrico

Era el día quince de lealtad y el hermano Díaz llegaba tarde a una audiencia con Su Santidad la Papisa.

—Me cago en la leche.

Se inquietó cuando su carruaje, que apenas avanzaba, empezó a zarandearse al paso de una procesión de quejumbrosos penitentes, con la espalda surcada de sangre y la cara de arrebatadas lágrimas, flagelándose bajo un pendón que tan solo rezaba: «Arrepentíos». No especificaba de qué debía arrepentirse quien lo leyera.

Pero todo el mundo tenía algo, ¿verdad?

—Me cago en la leche.

Tal vez no se contase entre las Doce Virtudes, pero el hermano Díaz siempre se había enorgullecido de su puntualidad. Había consignado cinco horas enteras para llegar desde su hospedería a la audiencia, convencido de que le sobrarían al menos dos para admirar con pío fervor las estatuas de los santos principales ante el Palacio Celestial. Se decía que todos los caminos de la Ciudad Santa llevaban allí, al fin y al cabo.

Solo que, en esos momentos, parecía que todos los caminos de la Ciudad Santa daban vueltas y vueltas en gélidos círculos atravesando una inimaginable densidad de peregrinos, prostitutas, soñadores, intrigantes, compradores de reliquias, vendedores de indul-

gencias, buscadores de milagros, predicadores y fanáticos, pillos y embaucadores, prostitutas, ladrones, mercaderes y prestamistas, soldados y matones, una asombrosa cantidad de ganado en movimiento, tullidos, prostitutas, prostitutas tullidas y... ¿había mencionado ya a las prostitutas? Superaban a las sacerdotisas como por veinte a una. Su flagrante presencia en el bendito corazón de la Iglesia, be-rreando reclamos a vaharadas y mostrando extremidades en carne de gallina por el insensible frío, era escandalosa, sin duda, e ignominiosa, por supuesto, pero también despertaba unos deseos que el hermano Díaz había esperado que llevaran mucho tiempo enterrados. Se vio obligado a ajustarse el hábito y volver los ojos hacia el firmamento. O, al menos, hacia el traqueteo del techo de su carruaje.

Esas cosas eran las que lo habían metido en líos desde un principio.

—¡Me cago en la leche!

Tiró de la ventanilla hacia abajo y sacó la cabeza al aire frío. La cacofonía de himnos y voces sugerentes, de regateos y súplicas de perdón se triplicó, al igual que la peste a humo de chimenea, incienso barato y una lonja de pescado cercana, haciendo que el hermano Díaz no supiera si taparse las orejas o la nariz mientras le chillaba al cochero:

—¡Voy a llegar tarde!

—No me extrañaría nada —respondió el hombre con cansada resignación, como si fuese un transeúnte desinteresado y no estuviera cobrando una tarifa desorbitada por transportar al hermano Díaz a la cita más importante de su vida—. Es el Día de San Aelfrico, hermano.

—¿Y?

—Y sus reliquias se han subido al campanario de la Iglesia de la Inmaculada Conciliación para exhibirlas ante los necesitados. Se dice que curan la gota.

Eso explicaba todas las cojeras, los bastones y las sillas con ruedas que había entre la muchedumbre. ¿No podría haber sido la escrófula, o el hipo persistente, o cualquier otra dolencia que permitiera al enfermo esquivar de un salto un carruaje a pleno galope?

—¿No hay ninguna otra ruta? —gritó el hermano Díaz para hacerse oír sobre el parloteo.

—Centenares. —El cochero hizo un leve encogimiento de hombros, contemplando la apelonada multitud—. Pero es San Aelfrico en todas partes.

Las campanadas empezaban a resonar sobre la ciudad para las plegarias de mediodía, empezando por un par de tintineos sueltos desde los santuarios de la calle, que crecieron hasta convertirse en un estruendo discordante cuando cada capilla, iglesia y catedral añadieron sus frenéticos tañidos, compitiendo por llevar los pies de los peregrinos a sus puertas, los traseros a sus bancos y las manos a sus cepillos.

El carruaje empezó a moverse con una sacudida, inundando al hermano Díaz de alivio, y al instante se detuvo con otra, sumiéndolo en la desesperación. No muy lejos, habían alzado a dos harapientas sacerdotisas de órdenes mendicantes rivales sobre sendos púlpitos telescópicos, que oscilaban inestables con un gemido de maquinaria torturada, para que salpicaran de saliva a la multitud mientras mantenían una acalorada discusión sobre el significado exacto de la exhortación a la amabilidad de la Salvadora.

—¡Me cago en la leche!

Con el trabajo que le había costado socavar a sus hermanos del monasterio. Con las molestias que se había tomado para impedir que cada amante del abad descubriera la existencia de las demás. Con lo mucho que había alardeado de que lo convocaran a la Ciudad Santa, de que lo señalaran como alguien especial, destinado a un gran futuro.

Y allí era donde iban a morir sus ambiciones. Enterradas dentro de un carruaje atascado en un lodazal humano, en una angosta plaza dedicada a un santo del que nadie había oído hablar, fría como una cámara de hielo, ajetreada como un matadero y sucia como una letrina, entre un recinto pintado lleno de pordioseros con licencia y una plataforma de tilo para castigos públicos, sobre la que un grupo de niños estaba quemando figuras rellenas de paja que representaban a elfos.

El hermano Díaz vio cómo apaleaban los muñecos de orejas y dientes puntiagudos, enviando chorros de chispas al cielo mientras los viandantes aplaudían con benevolencia. Los elfos eran elfos, claro, y sin duda estaban mejor quemados, pero había algo inquietante en aquellas pequeñas y regordetas caras infantiles, resplandecientes de violento gozo. La teología nunca había sido la especialidad del hermano Díaz, pero estaba razonablemente seguro de que la Salvadora había hablado mucho sobre misericordia.

La frugalidad sí que se contaba entre las Doce Virtudes, eso desde luego. El hermano Díaz siempre se lo recordaba a sí mismo mientras esquivaba por un amplio margen a los mendigos que acudían a las puertas del monasterio. Pero a veces uno tenía que invertir si quería obtener beneficios. Se asomó por la ventanilla para chillarle de nuevo al cochero.

—¡Si prometes que llegaremos al Palacio Celestial a tiempo, te pago el doble!

—Esto es la Ciudad Santa, hermano. —El cochero casi ni se molestó en levantar los hombros—. Aquí solo los locos hacen promesas.

El hermano Díaz metió otra vez la cabeza, con lágrimas escurriéndose en los ojos. Se escurrió del asiento, hincó una rodilla en el suelo y se quitó el vial que llevaba al cuello, de plata antigua, pulida por siglos de roce contra la piel de sus antecesores.

—Bendita santa Beatriz —murmuró, asiendo el vial con desespero—, santa mártir y custodia de la sandalia de nuestra Salvadora, solo una cosa te pido: illévame a tiempo a mi puta audiencia con la papisa!

Al instante se arrepintió de haber maldecido mientras oraba y se hizo la señal del círculo sobre el pecho, pero, mientras subía otra vez la mano para pellizcarse en el centro a modo de penitencia, santa Beatriz le hizo saber lo disgustada que estaba.

Hubo un poderoso golpetazo en el techo, el carruaje se zarandeó y el hermano Díaz salió arrojado con violencia de frente, pero su gáñido desesperado se interrumpió cuando el asiento de delante se le estampó en toda la boca.

Así son las cosas

Alex bordó el salto desde la ventana al techo del carruaje, rodó suave como la mantequilla y se levantó fluida como la miel, pero la cagó en el salto, mucho más fácil, desde el techo del carruaje al suelo; se torció el tobillo, trastabilló desequilibrada entre el gentío, la cara le rebotó en la costra de mierda del flanco de un borrico y cayó despatarrada en el albañal.

El burro se molestó bastante, y su amo todavía más. Alex no estaba muy segura de lo que le gritó entre los gemidos de unos penitentes que pasaban, pero desde luego no eran halagos.

—¡Que te jodan! —le chilló ella. Un monje la miraba boquiabierto desde el carruaje, con sangre en los labios y aquella expresión de sudoroso pánico que ponían siempre los turistas en la Ciudad Santa, así que le aulló—: ¡Y que te joda a ti también! Jodeos entre vosotros —añadió sin mucho entusiasmo mientras se alejaba cojeando.

Las palabrotas eran gratis, al fin y al cabo.

Asió un velo de un puesto callejero mientras el mercader no miraba, lo cual a sus ojos no era tanto un robo como tener buenos reflejos, se envolvió la cabeza con él a modo de pañuelo y se coló entre los penitentes, profiriendo su gemido más lastimero. No fue difícil, dado el dolor que le palpitaba pierna arriba y el cosquilleo

del peligro en la nuca. Alzó las manos hacia la irregular franja de azul entre los tejados dispares y vocalizó una humeante súplica de salvación. Por una vez, casi rezó en serio.

Así eran las cosas. Empezar la tarde buscando pasarlo bien, acabar la mañana implorando el perdón.

Dios, qué ganas de vomitar tenía. El estómago le daba vueltas, haciéndole arder la garganta irritada, y también había el runrún de problemas en el extremo del culo. Sería la carne mala de la noche anterior, o las malas expectativas de esa mañana. Sería el dinero que había perdido o el dinero que debía. Igual aún tenía un poco de mierda en los labios. Y, para colmo, tampoco ayudaba el impío hedor de los peregrinos, que tenían prohibido lavarse en todo su largo viaje hasta la Ciudad Santa. Se puso una punta del velo sobre la boca y arriesgó una mirada atrás, escrutando entre la maraña de brazos alzados hacia el cielo en busca de...

—¡Ahí está!

Por mucho que lo intentase, Alex nunca terminaba de encajar. Apartó de un codazo a un peregrino que llevaba los ojos vendados, empujó a otro que avanzaba sobre las costrosas rodillas y fue calle arriba a trompicones, tan rápido como podía con un tobillo malo, que no era ni por asomo tan deprisa como habría querido. Por encima de la escandalera de alguien berreando himnos a cambio de monedas, se oía confusión tras ella. Una pelea, con un poco de suerte, porque esos penitentes podían ponerse bastante alborotadores si te metías entre ellos y la gracia del Todopoderoso.

Dobló una esquina resbalando y llegó a la lonja de pescado, a la sombra de las Hermanas Pálidas. Cien puestos, mil clientes, el vocerío de regateos malhumorados, la salada peste marina de las capturas del día, resplandecientes al tenue sol invernal.

Atisbó un destello de movimiento y se agachó por acto reflejo. Una mano dio un agarrón al aire y arrancó un pelo suelto de la cabeza de Alex, que resbaló bajo un carro, evitó que la aporrearan los cascos del nervioso caballo y rodó para escabullirse entre las piernas de alguien, por la helada y gruesa capa de tripas y espinas y cieno que cubría el suelo bajo los puestos.

—¡Te pillé, joder!

Una mano le atenazó el tobillo, y las uñas de Alex dejaron serpenteantes surcos en el mantillo de pescado mientras la sacaban a rastras de la penumbra. Era un matón de los que trabajaban para Bostro, el que padecía de un tricornio que le daba aspecto de pirata fracasado. Alex se levantó lanzando el puño. Impactó en la mejilla del matón con un crujido enfermizo que temió que fuese su mano y no la cara del hombre, que le agarró la muñeca y la apartó de lado. Ella le escupió en el ojo, haciendo que se encogiera, y le dio un puntapié en la ingle que hizo que tropezara, mientras tanteaba a su alrededor con la mano libre. Podían abatirla, pero no iba a quedarse abatida. Sus dedos encontraron algo y Alex chilló mientras atacaba con ello. Una pesada sartén. Se estrelló contra la mejilla del pirata con un sonido como el de las campanas que llamaban a la oración vespertina, envió su ridículo sombrero dando vueltas y lo tumbó cuan largo era mientras los clientes ponían pies en polvorosa y el aceite caliente lo salpicaba todo.

Alex dio media vuelta, con los ojos tapados por un manojo de su propio pelo, enmarañado con trozos de pescado. Caras que miraban, dedos que señalaban, siluetas que atravesaban la multitud hacia ella. Subió de un salto al puesto más cercano y los tablones rebotaron en sus caballetes mientras apartaba a patadas los frutos del océano en su huida, tirando peces, aplastando cangrejos entre los malsonantes rugidos de los mercaderes. Saltó hacia el siguiente puesto, resbaló con una trucha enorme y aún dio otro paso desesperado y tambaleante antes de caer, dar con el hombro en el suelo y terminar despatarrada entre una lluvia de crustáceos. Se levantó resollando esforzada, renqueó hacia un callejón repleto de basura y dio tres o cuatro pasos por él antes de ver que no tenía salida.

Se quedó allí encogida, horrorizada, mirando la pared vacía mientras sus manos se abrían y se cerraban impotentes. Con toda la lentitud del mundo, se volvió.

Bostro estaba en la boca del callejón, con los grandes puños apoyados en las caderas, la gran mandíbula proyectada hacia de-

lante, una inexpresiva y amenazadora losa. Chasqueó la lengua con un lento tch, tch, tch.

Otro de sus matones llegó junto a él, jadeando por la persecución. El de la sonrisa llena de dientes marrones. Dios, menuda visión. Si uno tenía esa boca, más le valía lavarse los dientes, y si tenía esos dientes, más le valía no sonreír.

—¡Bostro! —Alex compuso la mejor sonrisa que pudo mientras intentaba recobrar el aliento, y le salió mediocre incluso para lo que era habitual en ella—. No sabía que eras tú.

El suspiro de Bostro fue tan pesado como el resto de él. Llevaba años recaudando para Papá Collini y debía de haber oído todos los trucos, mentiras, excusas e historias lacrimógenas que una pudiera imaginar, y seguro que unas cuantas que no. La de Alex no lo impresionó.

—Se acabó el tiempo, Alex —dijo—. Papá quiere su dinero.

—Está bien. —Alex sacó su abultado monedero—. Aquí tienes la suma completa.

Lo arrojó hacia él y echó a correr casi al instante, pero estaban preparados. Bostro atrapó el monedero mientras su amigo el de los dientes de mierda atrapaba a Alex por el brazo, la hacía girar y la arrojaba hacia la pared. Su cabeza dio contra los ladrillos y Alex cayó rodando sobre la basura.

Bostro abrió el monedero y echó un vistazo al contenido.

—Menuda sorpresa. —Lo sostuvo del revés y solo cayó tierra—. Tu monedero suelta tanta mierda como tú.

El aspirante a pirata se había unido al grupo con la marca rosada del sartenazo en la cara.

—Ojito —gruñó, alisando una abolladura de su tricornio manchado de pescado—. Es fiera cuando la acorralas. Como una comadreja muerta de hambre.

La habían llamado cosas peores.

—Eh, escuchad —graznó Alex mientras se levantaba como pudo, preguntándose si le habrían roto el hombro, y luego, cuando intentó agarrárselo, preguntándose si se habría roto la mano—. Le conseguiré el dinero a Papá. ¡Puedo conseguirle el dinero!

—¿Cómo? —preguntó Bostro.

Alex se sacó el trapo del bolsillo y lo desdobló con la adecuada reverencia.

—Contemplad los huesos de los dedos de san Lucio, que...

El del sombrero los tiró al suelo de un manotazo.

—Sabemos cómo son las patas de perro, puta timadora.

Fue muy frustrante, después del esfuerzo que le había costado limar las zarpas.

—Eh, escuchad. —Alex retrocedió con las maltrechas, palpitantes y malolientes manos levantadas, pero se le estaba terminando el callejón—. ¡Solo necesito un poco más de tiempo!

—Papá ya te dio más tiempo —dijo Bostro, llevándola hacia atrás—. Se te ha acabado.

—¡La deuda ni siquiera es mía! —gimió ella, y era cierto, pero muy irrelevante.

—Papá te advirtió que no la asumieras, ¿verdad? Y tú la asumiste —replicó Bostro, y también era cierto, además de bastante relevante.

—¡Soy solvente! —La voz de Alex sonaba cada vez más aguda—. ¡Puedes fiarte de mí!

—No lo eres y no puedo, como ambos bien sabemos.

—¡Recurriré a un amigo!

—No tienes ninguno.

—Me las apañaré. ¡Siempre me las apaño!

—No te las has apañado, por eso estamos aquí. Sujetadla.

Alex le dio un puñetazo a Dientes-de-mierda con la mano buena, pero él casi ni se enteró. El matón le atrapó un brazo mientras el pirata cogía el otro, y ella pataleó y se retorció y gritó pidiendo ayuda como una monja atracada. Podían abatirla, pero no iba a quedarse...

Bostro le hundió el puño en el estómago.

Sonó como cuando un mozo de cuadra soltaba una silla de montar mojada al suelo, y las ganas de pelear se le escurrieron por completo del cuerpo. Se le empañaron los ojos y le cedieron las rodillas y lo único que pudo hacer fue colgar de sus captores y dar

un largo y vomitivo resuello y decidir que, pensándolo mejor, igual sí que era buena idea quedarse algo abatida.

No había nada lírico en recibir un puñetazo en la tripa de alguien con el doble de tu tamaño, y menos si lo mejor que podías esperar a continuación era otro. Bostro le agarró el cuello con un enorme puño y redujo su resuello a un húmedo gorgoteo. Entonces sacó su tenaza.

Una tenaza de hierro. Pulida de tanto usarla.

No parecía que le gustase, pero lo hizo de todos modos.

—¿Qué será? —gruñó—. ¿Dientes o dedos?

—Eh, escucha —farfulló Alex entre babas, casi tragándose la lengua. ¿Cuánto llevaba intentando ganar tiempo? Una semana o dos más. Una hora o dos más. Ya solo le quedaba intentar ganar momentos—. Eh, escucha...

—¡Elige! —rugió Bostro, acercándole tanto la tenaza a la cara que Alex bizqueó al mirarla—. O sabes que serán las dos cosas.

—¡Alto!

La voz sonó nítida y dominante, y todo el mundo miró alrededor al mismo tiempo. Bostro, los matones e incluso Alex, en la medida en que podía estando medio estrangulada. Había un hombre alto y apuesto en la boca del callejón. En el oficio de Alex, una aprendía a distinguir a primera vista lo rico que era alguien. A saber quién era lo bastante rico para que mereciera la pena estafarlo. A saber quién era demasiado rico para que mereciera la pena molestarlo. Aquel hombre era de los muy ricos: su túnica tenía los dobladillos desgastados, pero era de buena seda, con bordados de dragones en hilo de oro.

—Soy el duque Miguel de Nicea. —Tenía un pelín de acento oriental, cierto. Llegó corriendo a su lado un tipo calvo con la frente sudada—. Y este es mi siervo Eusebio.

Todos evaluaron aquella sorprendente aparición. El supuesto duque estaba mirando a Alex. Tenía el rostro amable, pensó ella, pero Alex también podía poner cara de persona muy amable y era una zorra ladrona, pregúntale a cualquiera.

—Entiendo que te llamas Alex, ¿verdad?

—Entiendes bien —gruñó Bostro.

—¿Y tienes una marca de nacimiento bajo la oreja?

Bostro movió el pulgar y levantó las cejas al ver la parte del cuello que había revelado.

—Sí que la tiene.

—Por todos los santos... —El duque Miguel cerró los ojos y respiró muy hondo. Al abrirlos, parecía que quizá hubiese lágrimas en ellos—. Estás viva.

La presa de Bostro se había aflojado lo suficiente para que Alex resollara:

—Por ahora.

Estaba igual de sorprendida que los demás, pero en aquellas situaciones ganaba quien superase primero la sorpresa y empezara a averiguar dónde estaban los beneficios.

—¡Caballeros! —exclamó el duque—. ¡Esa joven no es otra que su alteza la princesa Alexia Pyrogennetos, la hija perdida de la emperatriz Irene y legítima heredera al Trono Serpentino de Troya!

Bostro debía de haber oído todos los trucos, mentiras, excusas e historias lacrimógenas que una pudiera imaginar, pero aquella hizo que incluso él arqueara las cejas. Luego entornó los ojos y miró a Alex como si alguien le hubiera dicho que el zurullo que acabase de ver recién salido del ojete de una cabra era en realidad una pepita de oro.

Lo único que pudo hacer ella fue levantar los hombros muy alto. La habían llamado estafadora, timadora, tramposa, ladrona, zorra, zorra ladrona, puta hurona y comadreja embustera, y esos eran solo los insultos que se tomaba como cumplidos. Nunca, que ella recordase, la habían llamado princesa. Ni siquiera haciéndole el chiste menos gracioso del mundo.

Dientes-de-mierda torció el gesto con tanta brusquedad que se atisbaron al fondo unos dientes incluso más de mierda.

—¿Qué coño has dicho que es?

El duque Miguel observó a Alex, allí colgada como una alfombra barata en mitad de su tunda anual.

—Reconozco que no parece... demasiado princesil. Pero es lo que es y todos tendremos que vivir con ello. En consecuencia, debo pedirlos que desasguéis su real persona.

—¿Desasqué? —preguntó el aspirante a pirata.

—Que la soltéis. —Las formas amables del duque menguaron una pizca y Alex atisbó algo duro debajo—. Ya.

Bostro frunció el ceño.

—Esta comadreja embustera le debe dinero a nuestro jefe.

El pirata se retorció un diente y lo sacó de su boca ensangrentada.

—¡La puta hurona me ha saltado un diente!

—Lástima. —El duque levantó las cejas mirándolo—. Parece un diente estupendo.

El hombre lo tiró a un lado, furioso.

—A mí me gustaba, cojones.

—Veo que habéis padecido ciertas molestias. —El duque Miguel metió la mano en un bolsillo de su túnica con bordados de oro—. Dios sabe que soy muy consciente del incordio que pueden ser las princesas, de modo que... —Sostuvo en alto unas monedas para que les diera la luz—. Aquí tenéis algo... —Guardó un par y tiró el resto a los sucios adoquines—. Para compensaros.

Bostro miró abajo, apenas más impresionado que por la tierra del monedero de Alex.

—¿No era una puta princesa?

—Cuando las anuncian los heraldos, suele ser sin el «puta» delante, pero sí.

—¿Y eso de ahí es lo que vale su vida?

—Ah, no, no —dijo el duque Miguel. Su siervo hincó una rodilla con elegancia junto a él, abrió su abrigo y sacó una gran espada, con la sucia vaina surcada de brillante alambre y el maltratado pomo de oro vuelto hacia su amo. El duque apoyó la yema del dedo en él—. Es lo que valen las vuestras.

La decimotercera virtud

—Soy... el...

El hermano Díaz dejó caer el dobladillo de su hábito, que había tenido que recogerse a la altura de las rodillas como una novia acalorada que llegara tarde a su boda, y sus pisadas resonaron en el pulido y brillante mármol mientras correteaba por los laberínticos pasillos del Palacio Celestial sometido a crecientes cotas de sudoroso pánico.

—Soy... el...

Había resbalado al pisar una zona de saliva reciente, donde un grupo de penitentes de alta categoría estaba fregando el suelo a lametones, y creía que podía haberse hecho daño en la ingle. Todo aquello distaba mucho de ser la solemne y digna marcha que había soñado hacer por aquellos sagrados corredores hacia el lugar donde por fin se reconociese su valía. Dios, la cabeza le daba vueltas. ¿Estaría desmayándose? ¿Estaría muriendo?

—¿Hermano Eduardo Díaz? —preguntó la secretaria, de exagerada estatura.

Ese nombre le sonaba de algo.

—Creo que sí. —Apoyó en la mesa los dos puños, esforzándose por controlar los resuellos y parecer digno de un puesto respetable en la parte media de la jerarquía eclesiástica—. Y debo... disculparme... por llegar tarde. —Logró, con heroico esfuerzo, impedirse